

El Mensaje del

Teatro Romano de Sagunto



POR
JOSE MARIA PEMAN

Es muy corriente anudar el nombre de Sagunto a una lista de nombres gloriosos que para el español medio significan algo así como la cifra y resumen del heroísmo hispano. Pero ocurre que el «heroísmo», como la pasión, es un chorro de energía que se califica y distingue por el logro y objetivo perseguido. No dice lo mismo «Sagunto» que Viriato o Numancia: sus ordinarios compañeros de evocación escolar. Como no dicen lo mismo los Comuneros que los Tercios de Flandes o de San Quintín. Todo es expresión de tenacidad y valor físico: pero sus objetivos mentales lo discriminan de modo radical. Viriato y Numancia, significan la pasión de la independencia por la independencia. Son glorias cuya falta de éxito no debemos lamentar del todo, pues significaban el repudio de Roma: eran el esfuerzo de lo «celtíbero» frente a lo «latino». Como los Comuneros, magníficos en su entereza humana, significaban el repudio de la idea imperial y universalista que representaba Carlos V a nombre de unos intereses localistas y concejiles.

Pero Sagunto, no. Sagunto no es sólo la heroicidad: es la heroicidad puesta al servicio de su alianza con Roma, de su latinidad, Sagunto no anticipaba el localismo folklórico de «comunidades» o germanías: anticipaba el empuje de civilización y europeísmo de los Tercios.

¡Que visibilidad física y plástica tiene esta síntesis en el maravilloso «teatro romano» de Sagunto! Son las piedras más feroces y civilizadas que tiene España. Están llenas de pasión ibérica y de armonía mediterránea. Están recordando una hoguera de tenacidad suicida: pero están abiertas al verso dramático como pidiendo que vengan a decir en ellas sus verdades fundacionales los Esquilos y los Sófocles: los

padres de la mente latina y occidental.

En esas piedras, por lo que tienen de ibéricas, estaban a sus anchas Viriato y los titanes numantinos, cuando en ellas se representó la bronca y senequista «Numancia» de Cervantes. Pero cuando en esas piedras, mediterráneas además, se quiso evocar su doméstica y propia gloria saguntina, yo procuré traspasar su milagrosa acústica con versos de latina y melodiosa gracia, que recordarán que Sagunto no murió simplemente, biológicamente, por «la libertad»; sino por una clara libertad concreta que es la que define y honra nuestra civilización.

Hará muy bien Sagunto -y España «tiene» que hacerlo- en mimar y venerar estas piedras que son una de las mayores elocuencias arqueológicas de España. No han quedado ahí para un regusto erudito y una contemplación pasiva de museo. Están ahí para que digan su mensaje; para que las voces inmortales de los que fundaron nuestras las «humanidades» resuenen entre las ruinas donde otros hombres murieron por defenderlas.

Nuestra civilización no es una contemplación muerta: es una idea en marcha. Cuando Goethe visitó el teatro romano de Verona, anotaba que a aquellas piedras armoniosas les faltaba su postrero elemento arquitectónico: que es la muchedumbre ávida y temblorosa llenando sus gradas.

El teatro romano de Sagunto es una gloriosa ruina. El día que se representa en ellas una obra dramática, resucitan, se recomponen y se convierten en grito de nuestras entrañas ibéricas y latinas. . . . No es época esta para desperdiciar ni una sílaba del mensaje saguntino: heroísmo y civilización.

